

dominar aquel desbordamiento de pasiones brutales. Enrique III, príncipe religioso, inspirado por hombres educados en los claustros y empapados del espiritualismo cristiano, pasó los Alpes y colocó un obispo alemán en la silla de San Pedro. Entonces comenzó la obra de la reforma.

Apoyados los papas en la autoridad del imperio, trataron de extirpar los vicios que infestaban la Iglesia, la simonía y la corrupción de los clérigos; convocaron infinidad de concilios y en ellos se condenaron la simonía y el matrimonio de los clérigos como herejías (1); pero la dificultad estaba en hacer aceptar por la Iglesia aquellos decretos, dificultad inmensa, puesto que unos cuantos hombres tenían que luchar contra las pasiones y los intereses de todo el clero. Los papas alemanes que ocuparon sucesivamente el trono pontificio no carecían de celo ni de valor; vióseles abandonar la Ciudad Eterna para presidir concilios en todas partes y para expulsar á obispos simoniacos y concubiniarios; pero en todas partes encontraban obstáculos. En Francia se coaligaron los magnates eclesiásticos y legos para estorbar que Leon IX reuniese un concilio en Reims; despertaron la susceptibilidad real contra las empresas del papado, y el soberano pontífice se vió obligado á celebrar su sínodo en presencia de muy pocos obispos (2). ¿Qué podían los decretos de los concilios contra la resistencia universal? Eso no obstante, la verdad y la justicia tienen una influencia más irresistible que las pasiones. Los papas tenían á su favor la verdad cristiana, y los numerosos concilios que Leon IX celebró en Francia, en Alemania y en Italia (3), llevaron á la conciencia general la convicción de que la reforma era necesaria para salvar la Iglesia. Abandonado y hasta combatido por los prelados Leon IX tenía de su lado al pueblo: en Reims se presentaron apenas algunos obispos al llamamiento del papa, pero acudieron á su voz los fieles hasta de los países más remotos. Aquella era la señal de los tiempos; sólo se necesitaba un hombre predestinado, y vamos á verle aparecer en la escena.

Era ya el mismo, era Hildebrando el que ins-

piraba al papado, entre tanto que llegaba á ser él mismo el más grande de los papas. Se encontraba en Worms cuando fué elegido Leon IX; y simple monje, domina al soberano pontífice y le persuade que no considere su elección como regular hasta tanto que sea confirmada por la Iglesia romana. Muere Leon IX, y los Romanos envían al subdiácono Hildebrando al lado del emperador, suplicándole que elija en Alemania, en nombre del clero y del pueblo de Roma, á aquel á quien juzgue digno de la santa sede, y la elección se hace en Maguncia á gusto del subdiácono. Víctor II envía á Hildebrando á Francia para reprimir allí la simonía; el legado reúne un concilio en Lyon; un obispo, acusado de haber comprado su mitra, corrompe al acusador y á los testigos, pero se presenta en el concilio, y no se atreve á sostener su inculpabilidad enfrente de Hildebrando: tan grande es el poder que aquel hombre ejerce sobre los ánimos (1). El impulso estaba dado; la misma Iglesia trabaja ya en su reforma; el concilio de Lisieux deponen al arzobispo de Ruan, que había escandalizado á la Iglesia con sus relajadas costumbres durante diez y ocho años, y el nuevo elegido reúne á su clero para imponerle la continencia (2). Dos legados del papa celebran un concilio en Tolosa y dan decretos contra la simonía y la incontinencia de los clérigos (3). El hermano de Godofredo, duque de Lorena, reemplaza á Víctor II en el trono pontificio; su primer acto es el de anatematizar el matrimonio de los clérigos, y expulsa de la Iglesia á los que habían vivido en el concubinato despues de la prohibición hecha por Leon IX (4).

Pasan varios papas por la silla de San Pedro, pero siempre es el mismo espíritu el que les anima; la influencia de Hildebrando es tal, que Estéban IX, en la previsión de su muerte, reúne al pueblo y al clero de Roma, y les encarga que, si llega á morir en ausencia de Hildebrando, dejen vacar la santa sede hasta su vuelta, para obrar según su consejo. Muere Estéban; se levanta la facción de los condes de Tusculum y nombran papa; pero llega Hildebrando, y con el consentimiento de los Romanos elige al obispo de Florencia. Y Nicolas II

(1) *Concil. de Roma*, 1047 (MANSI, t. XIX, p. 627).

(2) No asistieron más que 20 obispos y 50 abades al concilio de Reims de 1049 (MANSI, XIX, 727).

(3) *Concil. de Maguncia*, de 1049; *de Roma*, 1050, y *de Mantua*, 1052 (MANSI, XIX, 749, 769).

(1) *Concil. de Lyon*, de 1054 (MANSI, XIX, 837).—DAMIANI, *Opusc.* XIX, 6.

(2) *Concil. de Ruan*, 1055; *de Lisieux* (MANSI, XIX, 841, 837).

(3) *Concil. de Tolosa*, 1056 (MANSI, XIX, 817).

(4) *Concil. de Roma*, 1057 (MANSI, XIX, 857).

no hace nada sino bajo la inspiración de su subdiácono. Un concilio celebrado en el palacio de Letran confiere á los cardenales la elección de los papas, para sustraerla á la influencia de las pasiones políticas; prohíbe á los sacerdotes concubiniarios celebrar el santo sacrificio de la misa y á los fieles el oír de sacerdotes que vivan en concubinato (1). La incontinencia y la simonía manchaban la Iglesia italiana, y el papa envía á Milan á Pedro Damian, el hombre de costumbres más severas y de más rudo lenguaje; Milan se acuerda de su antigua grandeza, y rehusa someterse á las leyes de Roma: "No es por la gloria de la Iglesia romana, dice Damian, por lo que yo he venido aquí, es por vuestra salvación; la Iglesia romana no tiene necesidad de alabanza; debe su existencia al Hijo de Dios." Sin embargo, es tan grande el número de culpables, que el rigor de Damian se ve obligado á ceder y á echar un velo sobre lo presente para salvar el porvenir. Roma no quiere Iglesias independientes; no reconoce derechos particulares cuando se trata del interés de la Iglesia universal; los concilios provinciales celebrados por los legados del papa no hacen más que registrar los decretos que van expedidos desde Roma, y dos concilios celebrados en 1060, uno en Tours y otro en Viena, condenan la simonía y la incontinencia en términos idénticos. Aquello equivalía á anular la independencia de los obispos; pero ¿cómo respetarla, cuando aquella independencia conducía á una vida licenciosa y criminal?

Despues de la muerte de Nicolas II, un cisma amenaza desgarrar á Roma; pero el elegido de Hildebrando disipa el peligro. La vida de los papas se pasa en luchar contra los dos grandes males que infestan la Iglesia; un concilio de Roma, en 1063, condena por la milésima vez á los clérigos simoniacos y concubiniarios (2). Alejandro II envía á Francia como legado al cardenal Damian, amigo de Hildebrando, y éste escribe á los cinco arzobispos de Reims, de Sens, de Tours, de Bourges y de Burdeos, que reciban á Damian como si fuese él mismo y que obedezcan sus acuerdos, so pena de incurrir en el desagrado de la santa sede (3). En 1068, otro legado pontificio celebra concilios en España y en el Mediodía de la Francia para la

reforma y gobierno de la Iglesia (1). Por el mismo tiempo, la conquista de Inglaterra por Guillermo de Normandía produce la deposición violenta de los prelados anglo-sajones. El papa les reprocha su ignorancia y les acusa de corrupción y de simonía; pero á mayor abundamiento, la causa de su expulsión era el odio que tenían á los conquistadores; también fueron cardenales romanos los que se presentaron en Winchester (2) para imponer á los vencidos la ley del vencedor. En 1070, el soberano pontífice cita ante él á los arzobispos de Colonia, de Maguncia y de Bamberg, acusados de haber comprado y de vender las dignidades eclesiásticas.

Pero los concilios celebrados á mitad del siglo XI para reformar la Iglesia fueron impotentes: atacaban el mal en sus efectos, cuando era necesario atacarle en su raíz, sustrayendo al clero de la influencia de una sociedad bárbara. Gregorio VII va á intentar una obra gigantesca. Sus predecesores no habían luchado más que con los obispos; él va á continuar la guerra en el seno de la Iglesia, á llevarla hasta las más pequeñas aldeas, y al mismo tiempo va á arrojar el guante á los reyes y á los príncipes, ó, lo que es lo mismo, á toda la sociedad feudal; persigue á los clérigos concubiniarios y pretende colocar á la Iglesia fuera del feudalismo. En otra parte hemos dicho los rudos combates que el gran papa tuvo que sostener contra el episcopado en rebelión y contra el clero inferior, que rechazaba furiosamente el celibato (3). La cristiandad se parece á un mar agitado hasta en sus entrañas por la tempestad; ya no hay aislamiento; los obispos se coaligan contra el soberano pontífice, y los clérigos se unen para defender á sus familias. Gregorio, sin abandonar á Roma, está en todas partes; aun cuando el emperador se halle á las puertas de Roma, el papa celebra un concilio cada año; allí excomulga y deponen al jefe temporal de la cristiandad, allí destituye á obispos y arzobispos, y sus legados recorren la Europa arrojando de sus sillas á los prelados simoniacos y concubiniarios. La guerra de las investiduras divide al mundo cristiano en dos campos; la sociedad civil misma se fracciona como la Iglesia; diríase que el demonio de la

(1) *Concil. de Leiria, de Auch y de Tolosa* (MANSI, XIX, 1063).

(2) *Concil. de 1070* (MANSI, XIX, 1080).

(3) Véase la parte sexta de estos *Estudios sobre el Pontificado y el Imperio*.

(1) *Concil. de Roma*, de 1059 (MANSI, XIX, 895).

(2) MANSI, XIX, 1023.

(3) *Alexand. II, Epist. XXI* (MANSI, XIX, 958).



discordia se pasea por Roma; pero la tempestad se calma, y de aquella aparente disolución sale la unidad más fuerte que el mundo haya reconocido: donde quiera que se levanta una cruz, reinan la misma vida y el mismo espíritu.

Gregorio VII es el heredero del genio de Roma: no habiendo más que un Dios y una sola fe, tampoco debe haber más que un soberano; y ¿quién podría aspirar á esa soberanía, religiosa y temporal á la vez, sino el sucesor de San Pedro, á quien el Hijo de Dios ha puesto á la cabeza de su Iglesia? Gregorio quiere que no haya más que un rebaño y un pastor, y su mirada se extiende por todo el mundo. En el momento en que se le cree embargado y como abrumado por su lucha contra el episcopado y el imperio, se está preocupando del estado de la cristiandad en el Norte; y temiendo que la distancia y la diferencia de idiomas puedan romper vínculos apenas formados, escribe al rey de Suecia (1) para que envíe á Roma un obispo ó un clérigo capaz, á fin de que le informe de los usos y costumbres de su nación y reciba sus órdenes; escribe á los reyes de Noruega y de Dinamarca (2) para que hagan educar en la corte apostólica á jóvenes de la nobleza, á fin de que, instruidos en la ley de Dios á la sombra de los apóstoles, puedan enseñarla en toda su pureza á su nación y mantener relaciones constantes con la santa sede. Gregorio VII quiere que todas las iglesias vivan de la vida que se les comunique de Roma; no sufre disidencia ninguna. La España tenía un ritual al que estaba fuertemente apegada, pero el papa manda introducir el ritual romano: "Los hijos fieles, dice, no deben apartarse de las prácticas de su madre: no hay verdadera fe más que aquella que concuerda en todo con las leyes establecidas por San Pedro; no hay salud más que en la unidad apostólica, y hay peligro de condenación para todos los que se apartan de ella," (3). El legado del papa encuentra mal dispuesto al rey de Castilla; un monje de Cluny se atreve á ponerse en oposición con las órdenes del soberano pontífice; Gregorio truena contra aquella temeridad, amenaza excomulgar al rey, amenaza sublevar contra él á todos los católicos de España si continúa mostrándose el enemigo de la

(1) GREGOR., *Epist.* VIII, 1 (MANSI, XX, 323).

(2) MANSI, XX, 267.

(3) Cartas al rey de Castilla (*Epist.* I, 64; VII, 6, en MANSI, XX).

religión cristiana (1). La Iglesia de Bohemia pide el permiso de celebrar el oficio divino en lengua eslava, y Gregorio contesta con una negativa perentoria (2). Los Armenios, sin dejar de llamarse católicos, se separan de los usos de la Iglesia latina, Gregorio se inquieta por las menores diferencias en la liturgia que los separaban de Roma: "En el sacrificio de la misa, dice, no echan agua en el vino, y en la santa unción no ungen con aceite, sino con manteca," (3).

El Oriente y el Occidente preocupaban á la vez al gran pontífice. La Iglesia oriental, en otro tiempo tan floreciente, se hallaba en plena decadencia. El África, ilustrada por lumbreras como San Cipriano y San Agustín, no contaba más que tres obispos (4); la Iglesia griega se separaba de Roma; el Asia se veía invadida por los Sarracenos; Gregorio concibe entonces la idea de las guerras santas, para traer el Oriente á la unidad; y antes de haberse empeñado en la lucha con el imperio, pensó seriamente en ponerse él mismo á la cabeza de los cristianos de Occidente para imponer la unidad á la Iglesia oriental y la fe á los infieles (5).

El pensamiento de Gregorio va á realizarse. Un concilio general se reúne en Plasencia (1095): 200 obispos de Italia, de Francia y de Alemania, cerca de 4.000 clérigos y más de 30.000 seglares acuden á la voz del soberano pontífice. La asamblea se celebra á campo raso, porque no hay iglesia capaz de contener tan grande concurrencia. La emperatriz lleva allí sus quejas contra el emperador Enrique, su esposo. Felipe, rey de Francia, se disculpa de no poder asistir al concilio, y envía sus embajadores. Diputados de Alejo Commeno, emperador de Constantinopla, suplican al papa y á todos los cristianos socorro contra los infieles. El concilio proclama con entusiasmo la guerra sagrada, y al mismo tiempo confirma todos los decretos de Gregorio sobre la continencia de los clérigos y la simonía (6).

Habiendo llegado al fin del siglo XI, nos detenemos; nuestro objeto era mostrar la vida activa que circulaba por la Iglesia en la época en que el

(1) Carta al rey de Castilla (*Epist.* VIII, 2).

(2) *Epist.* VII, 11.

(3) *Epist.* VIII, 1.

(4) *Epist.* III, 19.

(5) *Epist.* II, 31.

(6) *Concil. Placentin.* (MANSI, XX, 831).

feudalismo se consolidaba y amagaba inmovilizar á la sociedad. Pero la inmovilidad está tan distante de la Iglesia, que, al contrario, se halla en revolución permanente; y aquella revolución, no solamente agita al alto clero, llega hasta el último clérigo y hasta el último fraile. Hay más: para vencer la resistencia del clero, apela Gregorio á los legos; y desde los concilios se traslada la lucha á las ciudades y á las aldeas; el concubinato es general, y donde quiera que hay un clérigo concubinario, los monjes amotinán el pueblo y hay una revolución en cada parroquia. La reforma de las costumbres no es la única causa que conmueve á la sociedad en el siglo XI. La Iglesia está amenazada por el feudalismo en su existencia temporal tanto como en su existencia espiritual; débil y desarmada, ¿cómo podrá resistir á los hombres de la fuerza que se han apoderado de la soberanía? Un concilio celebrado en el Mediodía de la Francia pronuncia la palabra *paz, tregua de Dios*, y aquella palabra divina se difunde con la rapidez del rayo por Francia, Italia y Alemania; no hay concilio en el siglo XI que no se ocupe de restablecer el orden y la justicia en la sociedad. Y no es esto todo; un nuevo peligro amaga á la Iglesia; renacen las herejías bajo todas sus formas; y desde que el enemigo se presenta, la Iglesia le hace una guerra á muerte; se reúnen concilios para ahogarlá, aunque sea con la sangre de los culpables. Por último, un pobre peregrino llama la cristiandad á las armas contra los infieles, y al terminarse el siglo XI se ve á la Europa lanzada sobre Asia y á los Francos reinando en Jerusalén.

Con razón llamamos al siglo XI la época más agitada de la Iglesia, porque lo estaba la cristiandad hasta en sus cimientos. Pero ¿qué resultado tuvo aquella larga lucha contra la corrupción del clero, las violencias del feudalismo y las herejías? Todo tiende á constituir un poder como nunca lo había visto la humanidad. Funda Gregorio VII el poder espiritual; y concentrado en las manos de un hombre que se dice vicario de Jesucristo, si aquel poder domina las almas debe también dominar los cuerpos. La cristiandad entera forma una sociedad inmensa de la que es jefe el papa; y en medio de un siglo de disolución y de aislamiento reaparece la unidad romana, pero unidad que se extiende al mundo entero y que domina al hombre por completo, su espíritu y su cuerpo. Gregorio VII

representa la grandeza de esa idea y también sus peligros; abraza el universo en su pensamiento, pero necesita que el universo le obedezca; no consiente disidencia alguna: es la unidad absoluta en todo su rigor: un Dios, una cristiandad, un papa; hé aquí el ideal. Si ese ideal se hubiera realizado, no hubiese quedado una sombra de libertad, y, por consiguiente, ni de vida en los pueblos; la doctrina que pretendía constituir al género humano dentro de la unidad le hubiera aniquilado. Felizmente la monarquía universal no ha sido nunca más que un sueño. Pero no por eso merece menos nuestra atención la monarquía pontificia; forma el centro de todos los movimientos políticos así en el Occidente como en el Oriente durante aquellas épocas. En el mundo occidental, la gran querrela del sacerdocio y del imperio constituye la política de la Edad Media; y en el mundo oriental, las cruzadas ponen de frente á dos civilizaciones y á dos razas. El duelo dura siglos; queda indecisa la victoria, pero los lazos que la lucha establece entre el Oriente y Occidente forman el primer eslabón de la cadena que enlazará un día todas las fracciones de la humanidad.

### N.º 3.—*El papado, vínculo internacional.*

#### I.—*El papado y el Occidente.*

##### I.

Un monje del siglo XI, Orderico Vital, escribe la historia universal de su tiempo con el título de *Historia eclesiástica*; Gregorio de Tours había dado el mismo título á los sangrientos anales de los Francos. ¿Por qué absorbe la Iglesia la historia de la sociedad civil después de la invasión de los Bárbaros? Es la señal del lazo íntimo que une al cristianismo y á los Bárbaros. Las conquistas de los Germanos, su establecimiento y su constitución no se explican si no se les pone en comunicación con el cristianismo. La Iglesia es el centro de todos los acontecimientos; todo se refiere á ella, todo se deriva de ella. No se puede decir que en la Edad Media hubiera un sistema político propiamente dicho, porque un sistema político supone Estados independientes, intereses contrapuestos, alianzas y tratados, y en la Edad Media todavía no existían Estados, sólo había gérmenes en